







La Fea Burguesia
— EDICIONES —

MONTSERRAT ABUMALHAM

TRAPOS SUCIOS



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2022

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un olivo
(*Olea europaea*) en el paraje de el Estrecho de la Encarnación
en Caravaca (Murcia)



“Trapos sucios”

© Montserrat Abumalham, 2022

© La Fea Burguesía Ediciones, 2022

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Foto portada: «La Mar chica». Archivo de Antonio Bravo

Diseño cubierta y maquetación:

Gloria López Corbalán

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978 84 125967 2 4

Depósito legal: MU 871-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

*A mi hermana de adopción, María José,
con quien he compartido alegrías,
penas y una larga memoria*

Un día nos damos cuenta de que todos esos momentos vividos de refilón, de pasada, un poco a la ligera, provisionalmente, son también ellos momentos clave, decisivos, que van a imprimir en nosotros conclusiones decisivas; nos damos cuenta de que esos momentos que nos parecieron insignificantes y que tomáramos, como mucho, por una especie de media vida, de fragmentos de vida, vienen a ser, en realidad, y al final, nuestra mayor y mejor experiencia de vida real, de una vida real más verdadera, como más sorprendida en su verdad, ya que al estar nosotros... descuidados, distraídos, la vida no tropieza con nuestros prejuicios, con nuestros aprioris.

(Ramón Gaya, Diario de un pintor)

Es tan inútil luchar contra las interpretaciones de la ignorancia como pelearse con la niebla

(George Eliot, Middlemarch)

ÍNDICE

I	13
II	33
III	55
IV	79
V	99
VI	123
VII	141
VIII	157

CAPÍTULO I

Ya había pasado el tiempo de pelearse con la vida; de construirla. Me refiero a ese tiempo, imposible de eludir, en el que uno escoge, aún sin saberlo del todo, un camino que lo va a llevar hacia una profesión y, consecuentemente, a una serie de hábitos, de horarios, que conformarán su devenir diario e incluso su modo de entender la realidad. Se había ido la época en la que se tienen hijos, se los cría y se los educa como uno mejor puede y entiende.

Por el contrario, se podría decir que había llegado ese otro tiempo en que ya no se tiene nada que hacer que sea imperativo. Por tanto, es un tiempo feliz, en el que, si se ha pensado en ello tanto como si no se ha pensado, uno aprovecha para sacar del fondo del alma aquellas cosas que se quedaron en las orillas —únicamente porque uno estaba atareado con cosas importantes como sacar unos exámenes, unas oposiciones, una plaza o cuidar de un niño con fiebre alta— y ponerlas en práctica. Cosas dejadas atrás como dedicar tiempo a causas nobles y no remuneradas o al puro ocio; la lectura, alguna actividad artística o manual y la conversación.

Este otro tiempo es el de mirar al pasado y hacer examen de la vida propia, a veces encarándola con las vidas de otras personas que nos rodean. Es un modo de hacer balance comparativo para asegurarse, cuando ya no hay remedio o al menos lo parece, de que uno acertó en sus elecciones o no se equivocó demasiado en las opciones que siguió. También, en algunos casos es el momento de recordar cosas que nos hicieron daño y, examinándolas a fondo, sopesar hasta qué punto nos han marcado. Mejor dicho, dilucidar si efectivamente nos han marcado tanto como creíamos o, para sorpresa nuestra, esas cosas, la mayoría de ellas sin remedio, pasaron, no volverán y están sumidas en una nube oscura de olvido o de recuerdos parciales, que constituyen un relato que hemos fabricado para reconciliarnos con nuestra historia.

Cuando se llega a este tiempo que digo; el del sosiego, el de la elección gratuita de las responsabilidades y el del repaso a lo que se fue, a veces se sorprende uno con más de una cuestión. Hace algo más de diez años que Alicia, una de las protagonistas de esta historia, vive esta circunstancia que he descrito y que muchos llaman, simplemente, jubilación. Durante este tiempo ha tenido la suerte y la salud de poder sacar de las orillas del tiempo que se fue muchas cosas que se quedaron allá tiradas, no olvidadas, pero sí en un estado muy semejante al de las renunciadas. Ha podido viajar, hacer trabajos solidarios, escribir, pintar, charlar y analizar el pasado casi como si le fuera ajeno, porque en cierta medida, por ido, lo es.

Una de las grandes sorpresas que le deparó a Alicia este tiempo, al dedicarse a toda esa activi-

dad, ha sido la de constatar que era capaz de hacer cosas que nunca había imaginado. Esa es una de las grandes adquisiciones que se logran cuando uno emprende un trabajo desinteresado. Quién podría haber predicho que Alicia sería capaz de conducir un microbús y con él, cargado de gente; niños y adultos, atravesar un río pasando por un puente provisional hecho con troncos a penas desbastados. Quién podría haber vaticinado que se vería en la ocasión de despiezar un pelibuey con un machete, para hacer de comer para una treintena de personas. No hablemos ya del atrevimiento de dar charlas de materias que no formaban parte de su formación profesional ante auditorios muy numerosos e improvisados y salir del trance bastante bien parada.

Otra de las sorpresas que le ha traído esta época ha sido la de descubrir que podía contar historias. Su interés literario siempre había sido el de la poesía. Sin lugar a dudas versos vergonzantes que no se atrevería, más allá de los grandes y sufridos amigos, a mostrar a nadie. Y sin embargo, aquí estaba no sólo escribiendo esas historias, sino dándolas a conocer a todo aquel que quisiera aproximarse a ellas y, dicho sea de paso, recibiendo respuestas verdaderamente interesantes que la animaban a seguir en esta tarea.

Pero la mayor de las perplejidades se ha producido muy recientemente hablando con su amiga Paula. En esas conversaciones que forman parte de los placeres que depara este tiempo en que ya no hay que pelear por salir adelante, ha descubierto, con verdadera sorpresa, que, además de las

afinidades normales que traen el género, la edad y, consecuentemente, una época común, en el desarrollo del final de la infancia y comienzo de la adolescencia de ambas se dio una serie de acontecimientos en todo paralelos.

Por una parte, se trató de acontecimientos que tuvieron que ver con el despojo de bienes materiales que pertenecían en exclusiva a la familia más directa. Padre y madre. Y, por otra parte, con el acoso padecido a manos de un pariente también cercano que no dudó en usar de todo tipo de malas artes para lograr sus fines.

La coincidencia de los años también produce sus sorpresas y, sobre todo, permite hacer una reflexión acerca de cómo, en unas épocas u otras, acontecimientos de la misma índole sufren un tratamiento social bien diferente. Ese modo de soportar situaciones difíciles de manera callada o, por el contrario, sacarlas a la luz de manera que el resto de la sociedad se implique en ello, define perfectamente a dos tiempos diferentes. No quiere ello decir que las cosas sean mejores ahora de lo que lo fueron antes, simplemente significa que se reacciona de modo distinto y, es de sospechar, que el sufrimiento derivado sea, pues, diverso.

En cualquier caso, cada cual, a pesar de las semejanzas, vive unos mismos hechos y los deja guardados en la memoria o los relega al olvido según es su carácter. Incluso cuando los trae al presente, los evalúa de modo distinto. No obstante esas diferencias normales entre dos personas que poseen caracteres diferentes, lo cierto es que a ambas se les despiertan los recuerdos en los mo-

mentos más insospechados y por las causas más circunstanciales.

Es decir, un mal recuerdo puede permanecer soterrado, cubierto por la hojarasca de otros intereses y preocupaciones, hasta que un gesto fortuito, un ruido, una voz, una letra lo despiertan y lo traen al presente. Entonces reaparece tan cargado de vida y realidad como cuando se produjo el acontecimiento causante de ese dolor que se recuerda. Lo que realmente difiere es la actitud que cada uno toma frente al despertar de ese recuerdo. Hay quien se engolfa en él, como aferrándose al dolor que le produjo en su día. Mientras que otra persona lo sacude como una mota importuna que cae en un traje immaculado.

Una cuestión que quizá merecería atención, pero no parece encajar con estas páginas, sería la de examinar hasta qué punto acontecimientos del pasado que nos afectaron en su momento siguen haciéndolo en el presente tan solo porque nos empeñamos en recordarlos. Si, provocados por un hecho fortuito, los aventamos y hacemos el esfuerzo de devolverlos a su lugar en el pasado, posiblemente dejen de tener influencia en nuestras vidas de hoy. Sin embargo, ¿es tan sencillo dejar atrás el dolor, el miedo, la vergüenza, los desengaños; la pérdida de la inocencia, en último caso?

Cuando Alicia conoció a Paula, ambas acababan de instalarse en una nueva casa. En aquel tiempo, mediados los años setenta del siglo XX, el pueblo a donde fueron a vivir era uno de esos carentes de identidad que se habían reconstruido tras la guerra civil y que, al estar muy cerca de

Madrid, no habían conseguido hacerse con servicios elementales. No había estafeta de correos, ni ninguna sucursal bancaria. Un triste y desprovisto ambulatorio, regentado por un médico ya anciano, atendía a la salud de los habitantes. No tenía más que una miserable galería de alimentación con tres o cuatro tiendas y un autobús cada hora acercaba a la zona de Moncloa.

Por ello mismo, muchas parejas jóvenes que iniciaban su vida como padres y madres de familia, podían instalarse allí, en pisos que formaban parte de las primeras urbanizaciones que gozaban de jardín y piscina y que suponían un lujo o, en algunos casos, mejoraban incluso las casas de las que venían de solteros. Los padres de estos jóvenes vivían en capitales de provincia o en barrios de Madrid como Argüelles o Salamanca o tal vez Tetuán, en casas amplias y de largos y umbríos pasillos, pero que no tenían lujos como calefacción individual, plaza de garaje o dos cuartos de baño y ascensor.

Paula no venía directamente de su ciudad de origen. Ya había vivido muy cerca de la carretera de Andalucía por un par de años o más, mientras que Alicia lo había hecho en Valdeacederas, de alquiler, y estrenaba, como Paula, su primera casa en propiedad, que tardaría veinte años en pagar a un dieciocho por ciento de interés. Muchas veces hablaban delante de sus hijos de lo que les había costado pagar su casa, con esos intereses tan altos. Los respectivos hijos e hijas los miraban con asombro y llegaban a mostrar su incredulidad. Paula, que era incapaz de tirar ni un solo papel,

levantándose rauda, iba a buscar un recibo del banco, fechado en 1977, por ejemplo, en donde la cosa se hacía patente. Y pensar que ahora hay lo que llaman intereses negativos, es decir que te pagan para que pidas un crédito. Madre mía, cómo ha cambiado el mundo.

La zona noroeste de Madrid estaba comenzando su desarrollo urbanístico. Las pocas casas originarias del pueblo, ubicadas en torno al Ayuntamiento en un par de calles, se diseminaban también por tres empinadas cuestas que descendían al fondo de la majada. La mayoría de aquellas casas de una planta carecía de agua corriente y sólo había alumbrado público en las zonas muy céntricas, que quedaban separadas de los espacios en donde empezaban a florecer las urbanizaciones ocupando antiguos huertos, entonces ya baldíos.

Aquellos espacios agrícolas abandonados se habían convertido en solares que, en invierno, eran un lodazal rodeado de medias calles asfaltadas, en las que se podía entrever que el crecimiento de la ciudad se vería lastrado por la especulación, sin que hubiera un verdadero plan de desarrollo urbano con manzanas y calles espaciosas, bien trazadas y amplias.

Esta incipiente transformación permitió a quienes iniciaban su vida independiente hacerse con una vivienda bien equipada por un precio módico. Los habitantes originarios del lugar trocaron sus viñas y apriscos por dinero y el Ayuntamiento, por su parte, empezó a gozar de unos ingresos impensables hasta entonces. Todo ello terminaría, con el paso del tiempo, transformando aquel pueblo

inhóspito y carente de personalidad en una zona cotizadísima y en una variante, solo para privilegiados, de las ciudades dormitorio.

Poco a poco se dotó de infraestructuras cívicas como colegios, institutos, un conservatorio, una escuela superior de hostelería, una casa de la cultura y una biblioteca municipal; de jardines, avenidas de tipo bulevar, carreteras de circunvalación, centros de ocio y comerciales y tiendas con los últimos objetos de moda, que servían de referencia a las revistas de decoración y que convivían de manera artificial con los restos de las costumbres populares.

En donde más se podía ver aquel contraste era en las fiestas patronales, en las que el núcleo antiguo del pueblo, con sus calles en cuesta, se llenaba de vallas protectoras para que pudieran correr por ellas, atolondrados, unos toritos y vaquillas baqueateados en mil festejos del estilo. El artificio festero se transformó, poco después, en esas ferias medievales que corren idénticas por todas las regiones del país, convertidas en una industria ambulante en donde se confunden los halcones y otras aves de cetrería con la fritanga de los puestos de comidas, los jabones artesanos y las anacrónicas llamas y alpacas, que conviven con tristes ponis.

Con esa inconsciencia inherente a la etapa de formación de la propia familia, asistían a todas estas transformaciones, mientras sus hijos crecían y ellos se convertían en profesionales con experiencia, sin darse mucha cuenta de cómo cambiaba el mundo a su alrededor.

Paula y Alicia hicieron amistad porque, en los comienzos de su instalación en el flamante piso

de cuatro habitaciones, salón comedor, dos baños, garaje y trastero, la compañía Telefónica, entonces la única que gestionaba este medio de comunicación, en una imprevisión formidable, no tenía una central en la zona que pudiera abastecer la creciente demanda de los usuarios. De manera que, aquellos que habían dejado a sus padres en el centro de Madrid y ya con una cierta edad, carecían de un medio para comunicarse con ellos si había alguna emergencia. Paula, había conseguido que le instalaran un teléfono haciendo uso de un método muy común entonces; el enchufe, y fue tan generosa que lo ofreció al resto de los habitantes de la urbanización; unas cuarenta familias. Al constituirse la comunidad de vecinos, Paula y el marido de Alicia ocuparon «cargos» de responsabilidad y de ahí surgió el conocimiento, apoyado además en el uso discrecional del teléfono.

Sin embargo, hay, a veces, pequeños gestos que atan a las personas de por vida, creando un vínculo que es indisoluble y está hecho de partes iguales de cariño y agradecimiento. La relación de Paula y Alicia se podía haber quedado en una amistad ocasional, que se hubiera debilitado y desaparecido en el momento mismo en que las circunstancias fueran otras o alguna de las dos cambiara de casa. Sin embargo, no fue así.

Cuando nació el segundo hijo de Alicia, en el mes de febrero, ella se pasó los tres meses de la baja por maternidad encerrada en casa, ya que el frío, el viento o la lluvia no permitían sacar al bebé a la calle. Acostumbrada a salir de casa cada día para ir a trabajar, aquel encierro, en el que se

pasaba las horas muertas mirando cómo dormía su bebé y sin hablar con ningún adulto, le estaba machacando los nervios. Paula, que entonces no trabajaba aún porque ella misma estaba criando a sus dos hijas que ya iban a la guardería, salía a hacer sus recados mañaneros, compraba su pan y el de Alicia y se acercaba a casa de su vecina a eso de las once, con la excusa de darle su barra de pan. Entonces, Alicia la obsequiaba con un café con leche y durante una hora charlaban de cualquier cosa. En una ocasión, apareció con la correspondiente barra de pan y dos chirimoyas. Alicia comprendió en aquel momento que jamás podría olvidar lo buena que le supo aquella fruta, la sorpresa que supuso y cómo aquel gesto selló para siempre un cariño entre las dos que las convirtió en hermanas y que duró hasta más de cuarenta años después.

Al poco tiempo de que ambas se instalaran en su flamante casa, los padres de Paula vinieron de Logroño y ocuparon un pisito muy cerca de donde vivía su hija. Esta fue la ocasión de que Alicia conociera a la abuela Paula y al abuelo Andrés y también al hermano de Paula que, aunque vivía en Logroño, donde ejercía de periodista y abogado, frecuentaba a su hermana con el fin de ver de paso a sus padres.

Fueron aquellos años iniciales de su amistad muy agradables y en ellos se consolidó un afecto que convirtió a las dos parejas en familia. Al cabo de cuarenta años, aún conservaban el vínculo, habían participado de las alegrías y penas familiares, de los éxitos y de las cosas no tan alegres que

les habían afectado. Viajaron juntos, se rieron a todo reír y lloraron en común.

En los últimos años, cuando ya la vida profesional había declinado y el mundo culminaba su transformación alrededor de ambas parejas, de manera que ya resultaba difícil recordar cómo había sido, ambas amigas, tal vez como suelen hacer las personas en su ancianidad, empezaron en sus conversaciones a recordar los tiempos pasados, las costumbres de cuando eran niñas, la época en que trataban de descubrir cuál era su vocación profesional y entraban de lleno en la vorágine de gestionar el mundo que les había tocado vivir para, finalmente, descubrir que lo logrado se parecía poco a lo que habían creído estar construyendo.

Aunque, tal vez, fuera no tanto lo que hicieron como lo que soñaron lo que no se parecía a la realidad circundante. Por ello, como hacen los viejos, deploraban el modo en que habían desaparecido costumbres y valores que ellas consideraban los adecuados para andar por la vida y que, posiblemente, no llegaron nunca a poder implantar del todo, ya que siempre las sociedades han tenido sus propias inercias y se han movido por otros intereses que, a menudo, no se corresponden con los sueños y las esperanzas de la gente común.

La frecuencia con la que hablaban de sus vidas pasadas, los hechos que recordaban y contrastaban con lo que ocurría a su alrededor las llevó a la conclusión, más de una vez, de que venían de un mundo muy distinto y ya completamente extinguido, que se caracterizaba fundamentalmente por las apariencias. No porque se fingiera lo que no se

era propiamente, sino más bien porque había un sentido del pudor, de la privacidad y del comedimiento que impedía que los asuntos de puertas adentro salieran de las cuatro paredes de una casa y pasaran a ser de dominio público. En una época como la actual, en la que parece que todo el mundo se exhibe en las redes sociales, aquel antiguo modo de preservar la intimidad parece del todo anacrónico. Aquellas formas de comportamiento, por otra parte, ponían de manifiesto cómo existía una serie de rasgos comunes que uniformaban la vida y, aunque Paula procedía de una zona rural del norte y Alicia de una ciudad del sur, al fin y al cabo, habían vivido los mismos años y acontecimientos, los mismos modos de vida, de manera que su visión de la realidad era muy semejante.

Hoy en día, cada cual cree estar haciendo lo que se le viene en gana, con total libertad. Sin embargo, creerlo o sentir que uno ha roto totalmente con la generación de los precedentes, es un error craso. Las personas son eslabones de una cadena y en sus vidas persiste la herrumbre de los anteriores eslabones, que se deja en herencia a los hijos, a lo mejor encubierta o ligeramente transformada.

Por otra parte, algunas realidades familiares como la experiencia de expolio, de abusos, de interferencias y manipulaciones era algo que, si no se había vivido de un modo, se había vivido de otro, y constituía un rasgo común y muy frecuente. De forma particular el despojo se solía producir en las familias de aquellos que, abandonando su pueblo o su región, se instalaban en una capital y sus parientes, que permanecían en el pueblo, se

sentían con derecho a quedarse con lo que había sido de los que se marcharon. Parecían entender que o bien los que se iban no tenían interés en sus posesiones o que, afortunadamente, se habían situado mucho más cómodamente en la ciudad y ya no necesitaban de las cuatro tierras que tenían en el pueblo.

Aunque lo frecuente era que se juntaran ambas formas de entender la cuestión a la que se sumaba el hecho de que los que se habían quedado creyeran que ellos se habían sacrificado y renunciado a hacerse ricos como sus parientes emigrantes y, por tanto, se merecían una compensación. Pero estas cuestiones tan comunes y frecuentes en muchas familias, por el pudor ya mencionado, nunca se dejaban ver a los ajenos y más allá de las cuatro paredes de la casa.

Paula y Alicia, ya ancianas, habían perdido el pudor y, posiblemente, de manera inconsciente, estaban recuperando la libertad de admitir las luces y sombras de su propia realidad y las ventajas que se habían alcanzado con el paso del tiempo. Ya no era imperativo ocultar que en cada familia había un pirata, un sinvergüenza o un indeseable. No era necesario fingir que alguien de casa tenía esta o aquella orientación sexual menos común. No había que aparentar que no pasaba nada, cuando había violencia dentro de la casa o cuando alguien padecía una minusvalía. Eso no eran cuestiones vergonzosas, sino problemas a los que la sociedad prestaba atención. Más bien se habían establecido mecanismos a los que se debía acudir para denunciar o reclamar un derecho y evitar hechos dolorosos o exclusiones aborrecibles.

Sin embargo, en esta terapia improvisada de sus conversaciones, se podía observar cómo las experiencias del pasado les habían dejado huella. El expolio sufrido por su familia había marcado a Paula que, en cuanto veía una almoneda, no podía resistirse y se compraba de manera compulsiva toda clase de objetos menudos del pasado, que, quizá, en su memoria inconsciente, asociaba con lo perdido de casa de sus abuelos. Le gustaban los muebles de época, los óleos clásicos, las alfombras y toda clase de figuritas, pero también lecheras, chocolateras, serones de esparto y otros aperos que se encuentran en los museos etnográficos.

Al mismo tiempo, practicaba celosamente la costumbre de hacer conservas y se la veía plenamente realizada cuando enfrascaba sus peras y sus melocotones o un exquisito foie-gras hecho con sus manos. Era una adicta a las máquinas de coser y se embarcaba en hacerle la ropa a gente conocida; desde trajes de comunión, a disfraces para los niños, pasando por las sábanas y colchas para la casa o las cortinas, como ya hiciera su madre toda la vida con el viudo Eloy y su niña huérfana y con todos los de la casa. La diferencia era que ahora, todas esas cosas están en las tiendas al alcance de cualquiera y en una gran gama de precios, siempre más baratos que lo que supondría evaluar un trabajo artesano como el que ella hacía.

Alicia, por su parte, mucho menos hacendosa que Paula, recordaba con ternura cómo su madre, a pesar de ser funcionaria, también hacía mermeladas de higo, fabricaba jabón o cosía toda la ropa, ayudándose con una joven que venía a casa todas

las semanas. Puede que esa fuera la razón, como para Paula, de que Alicia conservara la imagen de la Virgen del Carmen de bulto que había sido de su abuela y entre las dos le hicieran un nuevo hábito. Recordaba Alicia que cuando vistieron de nuevo a la Virgen, recorrió todo Madrid, buscando un lugar donde hicieran los escapularios, porque esa labor era muy complicada para ambas. Finalmente lo encontró muy cerca de la calle Arenal.

En el caso de Alicia, los parientes de su padre no sólo lo habían despojado de su herencia en su pequeña aldea, vendiéndola para mayor escarnio y vergüenza a los sionistas, sino que se habían quedado con los bienes de la madre de Alicia, apropiándose de su parte con falsos documentos y comprando al resto de los herederos los otros lotes del proindiviso. Alicia tuvo que hacer un serio esfuerzo para perdonar a sus primos maternos que contribuyeran a aquel robo. Esta experiencia había hecho de ella una conservadora compulsiva. Su propia casa parecía una almoneda y, gracias a que nunca había tenido el dinero suficiente para comprar una gran casa, no conservó hasta el último detallito, mueble o libro de cocina de su madre. También se empeñó en crear un patrimonio que legar a sus hijos de forma equitativa, de manera que ninguno se sintiera desfavorecido y pudiera llegar a envidiar lo del otro. Tan lejos llevó este equilibrio que siempre tuvo un número par de sortijas, collares o pulseras de manera que no hubiera posibilidad de rencillas entre su hija y su nuera.

Los malos tratos y el acoso, fundamentados en el machismo generalizado y muy extendido en la

sociedad aún, constituían lacras familiares que había que ocultar, porque suponían una vergüenza para sus miembros y los lanzaban a los comentarios de todo el mundo. Además, raramente se conseguía que las víctimas aparecieran como tales y los maltratadores gozaran del desprecio de su entorno social. Más bien era frecuente que a los agresores se les excusara y se sospechara de la decencia de las mujeres maltratadas. Si le pega será por algo.

Tanto Paula como Alicia, a pesar de sus diferentes orígenes, habían padecido ese acoso al final de su infancia y comienzo de la adolescencia, y el miedo y la violencia se habían pegado de tal modo a su piel, que las empujaban a reaccionar de manera extemporánea con cierta frecuencia. Aquellas charlas les permitieron desprenderse poco a poco de sus fantasmas. Incluso las llevaron a sentir una cierta conmiseración por aquellos varones y mujeres que favorecieron esas situaciones. No se ha de pensar que el machismo es sólo cuestión de varones. Las propias mujeres, en especial las madres, amparaban a los maltratadores y los fomentaban con sus actitudes tolerantes, cuando no los azuzaban por sus propios intereses.

Ambas mujeres descubrieron, no sin sorpresa por su parte, que el acoso, la violencia intrafamiliar, el abuso hacia las mujeres, aunque fuera en grado de intento, no era algo ligado a cuestiones de raza, de cultura o religión. Más bien pertenecía a una forma general de organización social universal en donde prima la voluntad y la fuerza de los hombres sobre las mujeres. Las mujeres eran

moneda de cambio; un objeto utilizable según conviniera y, posiblemente, las mujeres que se habían vendido a sí mismas, inconscientemente, contribuían a ello, al desear ese mismo destino para las demás, odiando a las que habían sido capaces de adueñarse de su propia vida. Un ejemplo de oriente, Zumurrud, y otro de occidente, Charito, las habían puesto sobre la pista de este hallazgo.

En aquella larga época en la que vivieron ambas en la misma urbanización, Alicia tuvo ocasión de trabar una relación ocasional con el padre y la madre de Paula. Pudo observar la discreción exquisita de su madre, su capacidad de trabajo, pues nunca permanecía ociosa, su generosidad con todos aquellos que veía eran amigos de su hija, su acogida silenciosa y su buen criterio para evaluar una situación. Seguía siendo una mujer clarividente. Su padre, Andrés, era un hombre silencioso, pero con una gran capacidad para relacionarse con los niños. Los de las familias de la urbanización lo seguían como al flautista de Hamelin.

En cuanto bajaba al jardín, los niños y niñas se arremolinaban a su alrededor y le preguntaban a dónde los iba a llevar de excursión, si les había hecho los tirachinas o si les iba a instalar un columpio en la viña abandonada en la que quedaba una morera solitaria. Don Andrés satisfacía todos sus deseos con alegría silenciosa y una gran paciencia. Las madres de los niños se tranquilizaban en cuanto sabían que sus hijos estaban con él y todas estaban encantadas de tener una guardería gratis con aquel señor. Nunca se cansaba de los niños, entre ellos sus propias nietas, a las que mimaba y

trataba con un especial cariño y cuidado, aunque las sometiera a largos paseos, poco habituales en niños de ciudad, acostumbrados a ir al colegio en coche. Parecía que quisiera compensarlas por su vida urbana y las devolviera de manera mágica al campo en el que él había crecido. Imperceptiblemente ponía en contacto a todos aquellos niños con los restos de naturaleza que sobrevivían en medio de un espacio que se iba cubriendo de ladrillos y asfalto.

El mundo de doña Paula y de don Andrés desaparecía a pasos agigantados, como, poco después empezaría a desaparecer el de las dos amigas; Paula y Alicia. Es posible que, aunque seamos conscientes de que los cambios no son tan de fondo, es necesario que el mundo cambie lo suficiente como para que no nos sintamos cómodos en él y no nos resulte tan penoso despedirnos de esta hermosa vida que, aunque a veces nos amargue y nos dé disgustos o decepciones, no deja de ser un gran regalo.

Por otra parte, las charlas entre Alicia y Paula tenían por objeto fundamental no perder la memoria y hacerlas conscientes de la vida y sus mudanzas. Hay mucha gente que olvida cómo era todo cuando eran niños, cómo vivían o comían cuando iban a casa de sus abuelos o cómo sus parientes dinamitaron los vínculos familiares, condenándolos a vivir esa vida solitaria e individualista tan común en las grandes ciudades y que no es, como algunos creen, producto de la evolución de la sociedad, sino de la envidia, de la estulticia y de unos intereses mezquinos en muchos casos.

Curiosamente, como si las uniera un hilo invisible que las hermanara y les permitiera permanecer juntas, resultó que a la muerte de su madre, Alicia se compró un apartamento en una playa de Alicante. Sin saberlo, estaba a dos manzanas de donde Paula tenía el que adquirió su padre a cambio de la casa de la sierra. De manera que, a lo largo de años, ambas veranearon a muy pocos metros una de otra. Eso les permitió durante mucho tiempo y hasta hoy mismo bajar juntas a la playa, tomar el sol y darse sus baños, sin dejar de hablar ni un instante.

La gente del entorno, que las conocía y sabía que en Madrid vivían cerca y eran, más que amigas, hermanas de elección, se asombraba de que estuvieran charlando todo el rato, quitándose la palabra la una a la otra. Parecían intrigados acerca de cuál podría ser el objeto de sus conversaciones y deseosos de saberlo. Era difícil averiguar por qué eran capaces de hablar y hablar sin parar y más difícil aún adivinar que aquellos miedos y fantasmas persistían y había que combatirlos con ahínco. Una hoja de papel, un helicóptero, un plato de caparrones o un poema o una canción podían ponerles la piel de gallina. Pero en ese miedo compartido había también el fondo del sabor dulce de las chirimoyas.

No obstante, además de recordar el pasado, los respectivos orígenes, en definitiva, su identidad profunda, también añoraban algunas cosas que se quedaron atrás y ya no habrían de volver, como aquel saber estar o aquel saber vestir, que ambas habían aprendido de sus madres. Pero reconocían

a la vez que no existe una época pasada que fuera mejor. El paso del tiempo —mal que les pese a los involucionistas— ha recolocado muchas cosas y ha dejado sin efecto una terrible sentencia de la llamada sabiduría popular: *Los trapos sucios se lavan en casa*. Sentencia esta que marcó muy profundamente el arranque consciente de las vidas de Paula y Alicia.